

## LA VOCACION MISIONAL DEL MUNDO HISPANICO

Celebró la Iglesia el 24 de octubre, con el alegre jubileo de sus campanas, la salmodia de sus oraciones y la amorosa solicitud de los ministros y fieles de toda la Cristiandad, el Día de las Misiones. Un día que en el transcurso de muchos años atrás, de haber sido evocador y grandioso como pocos, síntesis de las más arriscadas empresas de la humanidad, había desleído en tal grado su significado que, en los tiempos liberales y burgueses inmediatos a los nuestros, no pasaba de ser más que un concurso de pequeñas virtudes infantiles, de luchas y sellitos, adobados en armoniosa proporción con sus correspondientes aditamentos pintoresquistas, de obispos negros, catecúmenos malayos y altares alzados con infantil gracia en lo más profundo de la selva. Nada pujante y recio, nada que pudiera mover y servir de acicate a una juventud ambiciosa de historia y de realizaciones temporales estaba allí inmerso. Y, en consecuencia, la magnífica palabra *misionar*, cuajada de contenido, había quedado arrumbada para nosotros en el desván de las cosas inútiles.

Y es que el liberalismo, como muy bien dijo Anzoátegui, americano de ley, nos quiso complicar la vida con el disimulo de las palabras. Y la gallardía se fué trocando en falsa prudencia, cuando no en miedo. En los tiempos en que la muerte tenía el nombre brutal y único de muerte, la gente sabía morir con dignidad; pedía un cura y arreglaba sus cuentas con Dios. Hoy, la muerte se llama fallecimiento, deceso y fuga o traspaso, y al alma se va generalmente con las cuentas enredadas. Cuando la borrachera se llamaba borrachera, el hombre inventaba los mejores cantos de borracho; hoy, que se llama alegría, el hombre se

emborracha y se pone a llorar. Con palabras querían tapan el sentido de las palabras, porque el verdadero sentido les parecía demasiado comprometedor.

Precisa, pues, que en conmemoración de tan memorable jornada tratemos, al menos por una vez, de que esta palabra, hoy casi olvidada, pero antaño evocadora de nuestra mejor historia, cargada entonces del más hondo, explosivo y esperanzador de los sentidos, vuelva a alcanzar su prístino significado, el mismo que tenía en boca de la reina Isabel y en los pecheros y encomenderos de Indias.

Para ellos, misionar era principal tarea de la Monarquía cristiana, el único título de legalidad que se aducía para la gran empresa trasatlántica, la ambiciosa meta de todas las energías acumuladas en los conventos y cenobios acabados de reformar por Cisneros.

El deseo de Isabel, transmitido a su pueblo, al morir, en aquel pergamino cuajado de normas perennes de prosperidades y venturas, supieron sus sucesores hacerlo perdurar durante casi un par de siglos, eficaz y vivo.

Como muy bien dice Bayle: "la célebre cláusula pasó entera a la Recopilación de Indias, y, lo que es más, parece como si se la embebieran los corazones de los que por tres siglos empuñaron el cetro que, al dictarla, se escurría en las manos de Isabel; todos ellos, con palabras y con obras, demuestran que nuestra principal intención fué... *de procurar de ynducir e traer los pueblos... e los convertir a nuestra shanta fe catolica...* Frase estereotipada en las leyes, en las reales cédulas, en el mecanismo de la organización social y política, en las graves resoluciones del Consejo, en las tomas de posesión de tierras, en las actas de fundar ciudades: los más desalmados conquistadores, los que en su conducta alardeaban de libertades soldadescas, olvidados de Dios y del rey, cuando en la solemnidad de plantar las semillas de la civilización actuaban en nombre del rey, en nombre de España, proclamaron a voces que su principal intento era *de procurar atraer los pueblos e los convertir a nuestra Sancta fe Catolica.*

"De aquí puntualmente arranca la diferencia entre las conquistas españolas y las de otros pueblos: que para nuestros antepasados el ideal, no único, sí el más alto y vivo, estaba en aunar

el servicio de entrambas majestades, en que el descubrir tierras y someter tribus fuese desbrozar el camino de la Cruz y el Evangelio. Más que el resplandor del oro y los laureles del triunfo alentaba a los soldados el pensamiento de que eran mensajeros de Dios, brazos de que la Providencia se servía para la gran obra de ensanchar los ámbitos de la Cristiandad. Por eso, jamás descaccieron sus corazones en las empresas locas y en las fatigas inimaginables y en las campañas contra bárbaros que en las puntas de sus flechas llevaban la muerte.

"Y lo consiguieron; y al siglo de hallada América, la Cruz ondeaba en los pendones de Castilla desde el Nuevo Méjico a la Patagonia, y la Iglesia se triplicó en los campos donde el Padre de Familia miraba complacido amarillear la mies."

La evangelización de América con los españoles es hoy un hecho universalmente reconocido; y no la evangelización así como quiera, sino anhelada, procurada y conseguida a fuerza de sacrificios.

"De esa convicción arrancaba el derecho a la conquista; de ella, hondamente sentida en España y reconocida en Roma, nació el Real Patronato de Indias, mucho más extenso que el de acá, tan extenso, que llegó a convertir al rey en vicario del Papa en materias de administración eclesiástica, fuente de exageradas regalías, fuente asimismo del impulso evangelizador a que se lanzó España, como a encargo honroso de la Santa Sede."

Extensa ha sido en estos años la labor vindicadora de nuestra política misional, que si en España, tras los primitivos trabajos de Jerónimo Becker, se encabeza con dos recientes y grandes obras: *Defensa de la Hispanidad*, de Ramiro de Maeztu, y *España en Indias*, de Constantino Bayle; en el extranjero cuenta con apoyos tan firmes como los de Freytang (*Spanische Missionspolitik*), Peters (*Vindicación de España en Filipinas*), Martín Restrepo (*Discurso en la Academia colombiana de la Historia*, 1930), Ayarragaray (*La Iglesia en América y la dominación española*), Gaylord Bourne (*España en América*), Leroy-Beaulieu (*De la colonisation chez les peuples modernes*), Carlos Pereyra, Levillier, Lucas Alamán, Blanco Fombona, Lummis, Kirpatrik, etc., por no citar más que a los más dignos de nota.

Esta abundante y copiosa bibliografía se ha visto reciente-

mente aumentada por dos obras de primera calidad: *El sentido misional de la conquista de América*, de Vicente D. Sierra, y *La leyenda negra hispanoamericana*, de Rómulo Carbia, todavía no llegada a nuestras manos. Es así también como Argentina quiere mostrarse ante nosotros como la más celosa depositaria de una vieja y auténtica tradición común, que si en Europa nos dió fuerzas para vencer en la guerra y mantener una posición soberana y libre por espacio de siglos, en Argentina significa también resistencia a ultranza ante cualquier ingerencia exterior y afirmación, cada día más clara y pujante, de una conciencia nacional, por desgracia desdibujada en otros pedazos del viejo Imperio español.

La obra de Sierra —prologada justa y sobriamente por el ilustre hispanista argentino Carlos Ibarguren— viene a ser en la primera parte una continuación (apoyada en una pavorosa e ingente colección de documentos) del maduro trabajo ya hecho por Bayle. Muestra en su segunda mitad la singularidad misional que guardan las tierras del Plata, singularmente en los tiempos de subordinación al Virreinato del Perú, señalando la extensa participación que la Compañía de Jesús tuvo con sus Misionés, y deja para el final un agudo análisis sobre los aspectos humanísticos de la labor misional, mostrando el sentido histórico de la labor evangelizadora llevada a cabo por España.

Es este un trabajo benemérito del que ciertamente estaban nuestros pueblos necesitados, pues el mismo siglo liberal y burgués, temeroso en decir el auténtico significado de las palabras y, antes todavía, el odio recalcitrante, y éste sí que terriblemente sincero, del protestantismo y de las potencias enemigas y rivales de España, que tomaron aquél por bandera en sus empresas de conquista, habían manejado tan maravillosa, sutil y eficazmente sus armas de propaganda que casi nosotros mismos habíamos acabado por creer era verdad cuanto decían sobre la pobre ruindad de nuestra historia, la insaciable avaricia y rapiña de nuestros guerreros y la sistemática crueldad de los conquistadores, ante cuyos hechos los pocos misioneros que allí arribaban hacían caso omiso.

Y es que la característica de la historia de España ha sido la falta de sentido en la valoración de los hechos, que no podía

ser logrado más que con un concepto claro, determinado y distinto de la civilización humana de aquel que tenían los intelectuales europeos contemporáneos de los nuestros. La consecuencia ha sido el que hoy apenas encontremos otro bagaje cultural que aquel que nos legan los libros de erudición —catálogos de hechos, sin trabazón interior ni unidad que los sustente— o aquellos otros escritos según criterio determinado, extraño a los hechos mismos, adaptándolos a una tesis previa y convencional. La erudición o el panegírico han sido la Escila y Caribdis de nuestro trabajo bibliográfico, cuando no el simple remedo de lo ajeno.

Pero las nuevas generaciones se hacen responsables de toda nuestra historia y por eso quieren conocerla en toda su maravillosa plenitud y hasta en aquellos trazos desdibujados y oscuros que tuvo en algunos instantes, si demoleedores, también envueltos en trágica grandeza.

Porque entendemos que está el mundo en momentos de máximo historicismo, aunque sepamos que lo pasado no puede ni debe ser para nosotros más que pedestal de combate para marchar al encuentro del porvenir, es por lo que remachamos la ahincada tarea que el universitario tiene de conocer nuestra historia en toda su plena realidad, pues sin ella la doctrina política y aun el cuadro de hombres que las angustias del momento demandan con urgencia serían como los médicos que jamás hayan visitado un hospital: teóricos sin practicismo, abocados a debatirse en el piélago esterilizador de la pura teoría.

Tal es el caso de nuestra ambición misionera. Siendo la única nación que se propusiera realizar esta política como propia e indeclinable tarea de la Corona, la única que acogió a los aborígenes como vasallos, la única que dió a los conquistados una legislación más beneficiosa que la de la misma potencia vencedora, la que supo juntarlos en pueblos, desconectarlos de su rusticidad, rodearlos de protectores, que denunciaban y castigaban con mano dura las injusticias de los encomenderos, les enseñaban industrias y nuevas artes de cultivo; la que supo tener hombres que no consideraron las tierras conquistadas como simples campos de explotación, sino como patria adoptiva, en donde habían de dejar su descendencia y sus huesos, que supieron asimilarse, no destruir, a los nativos, mezclándose con ellos y con-

siderándolos dignos de la comunidad humana, y, como dice Martín Restrepo: "trabajando por ponerlos a su nivel intelectual y moral, preparándoles para la vida pública de la civilización cristiana..."; esta nación, creadora de veinte más y enaltecedora de millones de hombres, hoy orgullosos de su criollismo, resultaba pospuesta a Francia, Italia y otros países que, aun siendo en su mayoría católicos, dejaron siempre esta tarea a la iniciativa privada y nunca sus gobernantes se creyeron llamados a extender o defender el Reino de Dios fuera de los límites de su nación respectiva.

Por eso ha sido tan justa como oportuna esta reciente vindicación argentina de nuestra conquista, y acertada esa próxima edición española que el Consejo de la Hispanidad de estas dos obras prepara.

Los alegatos de Sierra son irrefutables, y una acendrada pasión hispánica, que a veces bordea las lindes de la fogosa polémica, fluye de todas sus páginas. Véanlo si no en estas frases: "España trajo al Nuevo Mundo todo lo que poseía, y de todo ello su mejor riqueza, su fe, su cultura, su estilo. No regateó nada. No trajo propósitos mercantiles, porque ni los tenía, ni los tuvo, ni los tiene. El tema que más le preocupó fué conciliar la predestinación divina con los méritos del hombre, y porque no podía creer que los hombres fueran malos porque la Providencia los destinara al mal, trajo a América la esperanza de la salvación, infundiendo por la acción de sus teólogos en la ciencia de los legisladores el espíritu que se hizo carne en las leyes de Indias."

De este tono es todo el libro (tal vez su característica sea una falta de matices ponderativos en el juicio, que a poco más pudieran haberle colocado en el peligroso borde del bienintencionado aunque inútil panegírico). La posición de Vitoria respecto a los problemas de Indias es expuesta con meridiana claridad, lo mismo que el espinoso asunto de los "justos títulos" y la participación que en toda la empresa tuvieron el Estado y la Iglesia, que dividiendo sus menesteres y coordinando sus acciones supieron fusionarse, reconociéndose el primero no como un fin en sí, sino como órgano intermediario para finalidades superiores.

Libro, pues, estimabilísimo éste y original, sobre todo en su segunda y tercera parte, en las que analiza la influencia de la reforma y de la mentalidad capitalista, que influyó extraordinariamente en el juicio europeo adverso con que antaño se nos consideró. Y también las claras diferencias que establece entre nuestros métodos de colonizar y los ingleses u holandeses, debidos a conceptos éticos opuestos, que determinan dos posiciones económicas igualmente contrarias. "Hay en una —dice Sierra— puros afanes de riquezas, hay en la otra puros afanes de almas." Ambas responden a las directivas espirituales de las respectivas metrópolis, y es evidente que adentrándose en ellas, de la España de la conquista de Granada, de la de la Contrarreforma, de la de los autos sacramentales, de la del Concilio de Trento, de la de la Compañía de Jesús, de la de Vitoria y Suárez, no podía surgir una colonización, sino una misión; así como de la Inglaterra puritana, la de la *glorious revolution*, la de los robos a los bienes de la Iglesia, la de las leyes contra los pobres, la de los piratas y corsarios, la de la Economía política y el Libro de oraciones aprobado por el Parlamento, no podía salir una misión, sino una colonización.

Gracias a esta gran política misional, mantenida de continuo, sin desmayos ni cansancios, por la superior mente rectora, pudo admirar Humboldt, a finales del siglo XVIII, las populosas ciudades, el sorprendente crecimiento de la población, su abundante riqueza y aquella amable sensación de pujante felicidad que precedió a la desgraciada época de las sangrientas guerras civiles, cuyo profundo significado tan bien supieron estudiar Marius André y, más recientemente, Lafuente Ferrari.

¿Qué mensaje de enseñanzas nos envían a nosotros, hombres de hoy, voraces de acción histórica, todas estas gestas? Esa es también la pregunta que Sierra se hace al final de su voluminoso y bien documentado libro.

A más de un siglo de distancia de la guerra independizadora, Hispanoamérica se nos muestra como una disgregación de Estados contraria a la unidad política, espiritual y finalista de todo profundo sentido de la nacionalidad. "En todo caso —como dice Vasconcelos—, hemos llegado a tal punto de incoherencia espiritual y política que es necesario comenzar por reafirmar-

nos." "Las Españas están desvertebradas. La forma de la Hispanidad es, por ahora, un magnífico proyecto de vida futura", concluirá añadiendo Pico.

Pero el que la realidad sea así de triste no quiere decir haya que dejar para mañana el comienzo de una inmediata acción, empezando por consumir el rescate de nuestra personalidad y adquiriendo conciencia de unidad y sirviendo con fe unos principios que no pueden ser otros que los de aquel Imperio misionero al que todos nos debemos por igual. Esta es la grande, la urgente tarea de la juventud hispánica de hoy, y la de sus cuadros de mando señalar objetivos y concretar fines. Porque no basta tener una gran historia: es preciso ser también actuales, ya que si España se anquilosa en el pasado y no afirma también los valores requeridos por la hora presente, nuestro papel no podría pasar de secundón y muy pronto quedaríamos relegados y pospuestos en la ambiciosa ilusión de los pueblos trasatlánticos, que esperan de nosotros "la adecuada actualización de nuestro destino común en la historia ecuménica".

A. SÁNCHEZ BELLA.

# CRONICAS

